

MEL DE ROMER

Había una vez un agricultor llamado Boro que vivía en una alquería de la huerta valenciana. Como todas las mañanas, Boro se levantaba temprano para ir al campo, no sin antes desayunar un buen zumo de las naranjas de su cosecha, siempre acompañado por su fiel amigo Josep. Cuando acababa de desayunar, cogía su bicicleta y recorría un largo camino envuelto de aroma a lavanda hasta llegar a su destino, donde aparcaba su bicicleta junto a un viejo algarrobo. Pero Boro jamás esperaba lo que iba a ocurrir un sábado de tantos.

Mientras Boro observaba una hoja corriendo por el agua de la acequia que había junto a su huerto, pudo ver algo brillante a lo lejos en el suelo. El agricultor se acercó rápidamente, pues pensó que sería algo de gran valor. Y así fue. Era un buñuelo de calabaza crujiente y grasiento. Boro no se lo pensó ni un minuto y se lo llevó a la boca. Mientras saboreaba plácidamente dicho manjar, Boro empezó a observar como todas las naranjas de su campo comenzaban a convertirse en brillantes y apetecibles buñuelos de calabaza.

- *Com pot ser això! Que està passant-li a les meves taronges?* – gritaba Boro preocupado y sorprendido mientras se acercaba a un naranjo a comprobar que sus ojos no le engañaban.

Para su sorpresa, se dio cuenta que el aceite que goteaba de los buñuelos hacía brotar nuevos naranjos de buñuelos, los cuales crecían muy rápidamente. El campo empezó a llenarse de árboles y buñuelos, por lo que Boro tuvo que salir corriendo. Decidió dirigirse a la alquería en busca de Carmen, su mujer, para contarle aquel extraño e inimaginable suceso.

- *Carmen! No et vas a creure el que està passant als nostres camps!* - gritaba Boro.

Su mujer estaba en el jardín de la casa regando las plantas. Boro la cogió del brazo y se la llevó rápidamente, sin que la mujer pudiera ni dejar la regadera que llevaba en la mano.

Ambos se dirigieron rápidamente al huerto, mientras el agricultor intentaba explicarle a trompicones aquello que estaba ocurriendo a su mujer. Carmen le miraba anonadada, sin llegar a creer lo que estaba escuchando.

Cuando por fin llegaron al campo, Carmen pudo comprobar que aquello que Boro contaba era cierto. Dejó la regadera al lado de unos árboles y se acercó para comprobar que realmente aquello que crecía eran naranjos de buñuelos.

Después de un rato allí, Carmen y Boro decidieron volver a casa a meditar que debían hacer con aquella situación.

Ya en casa, intentaron encontrar soluciones a lo que estaba ocurriendo. Pero ni uno ni otro encontraban sentido a nada. No daban crédito a lo que ocurría. Así, Boro decidió acostarse para ver si podía aclarar su mente, mientras Carmen terminó de regar las plantas de su jardín.

A la mañana siguiente, Carmen se despertó muy temprano, pues no podía dormir, así que decidió preparar café. De repente, la cafetera se le cayó al suelo. Boro, que se despertó por el fuerte ruido, fue a la cocina para ver qué había ocurrido. Y allí encontró a su mujer, paralizada, observando el jardín desde la ventana de la cocina. Ambos observaban atónitos como de las plantas de su jardín chorreaban unas gotas blancas que caían directamente al suelo.

- *És orxata!* – gritaba Boro, totalmente asombrado por lo que estaba ocurriendo.

Sin duda, los dos pensaban que seguían durmiendo. ¿Cómo podía ser que a sus plantas les estuviera ocurriendo lo mismo que a los naranjos del campo?

Carmen y Boro se sentaron para intentar no perder la calma. Sus amigos pronto iban a llegar a la casa para disfrutar de la paella del domingo. Josep, fiel amigo de la familia, salió corriendo al jardín, y sin poder evitarlo derramó la regadera y varios maceteros por el suelo.

- *Josep, estigues quiet!* – reclamó Carmen al perro mientras arreglaba lo que Josep había derrumbado. – *No pot ser cert! Boro, mira!* – le dijo Carmen a su marido mientras señalaba con el dedo una de las plantas del jardín.

El agua de la regadera que Josep había derrumbado había caído en una planta de romero, la cual empezó a crecer rápidamente mientras caían granos de arroz de sus hojas. Mientras recogían el arroz, Carmen y Boro llegaron a una conclusión. El agua de la regadera había sido la causante, pues en su jardín crecía arroz y horchata. Pero, ¿qué llevaba esa agua que era mágica?

- *Clar, és l'oli!* – exclamaba Carmen, que había dado con la clave.

Cuando fueron al huerto, en la regadera debió caer aceite de los buñuelos. Aunque siguieron sin entender por qué de los naranjos salieron buñuelos de calabaza, entendieron que el aceite que caía de los buñuelos mezclado con agua conseguía que de las plantas de su jardín crecieran algunos de los productos típicos valencianos. ¡Qué contentos se pusieron!

De esta forma, siempre que quisieran podrían tener todos los alimentos valencianos que quisieran. Solo les hacía falta agua y un poco de aceite de oliva.

Cuando sus invitados llegaron a la casa se pusieron manos a la obra con la paella. Como era de esperar, utilizaron el arroz con olor a romero que había crecido en su jardín. La

paella que cocinaron era incomparable a ninguna otra, sus amigos no daban crédito a aquel sabor tan magnífico que poseía el arroz. Y para merendar, un buen vaso de horchata fresca con *fartons* les sentó a todos genial.

Cuando se marcharon todos de la casa, la pareja salió al jardín para ver cómo estaban sus plantas. Comprobaron que los granos de arroz y la horchata no paraban de salir de las plantas.

Carmen y Boro no tardaron en decidir que tenían que compartir ese aceite mágico que habían producido sus naranjos. Así, sin dudar ni un momento, repartieron ese aceite entre sus amigos, sus vecinos, sus familiares, etc. Y el aceite jamás se terminaba.

Por ello, decidieron que esto tenía que tener un mejor uso si cabe, por lo que decidieron hacer llegar este aceite a comunidades en países necesitados, proporcionándoles una variada cantidad de productos valencianos que les daría la posibilidad de alimentarse y ser felices con la dieta mediterránea.

CRISTINA PALAZÓN ROS

FABIÁN GAMÓN ZAMORA

PAOLA SOLER SIGNES